

que siente soledades marismeñas,
 nacido de una almendra perdida en el camino
 por el guión de un bando de cigüeñas.
 Todo el ancho paisaje es un arcón abierto
 del alma labradora: las sayas de palmita,
 los vívos faldellines en concierto,
 el delantal rayado, la clásica mantilla,
 las medias listeadas, el camisón crudillo,
 el gran mantón de bodas alombrado,
 la reja y celosía del justillo
 y el lote de pañuclos, cuál liso, cuál bordado.
 No todo el campo viste la ascética estameña.
 Junto al sayal oscuro de los hoscos barbechos
 cuajados de cohombillos—anuncio, santo y seña
 de panes apretados—, clarean los rastrojos;
 los tallos de sus cañas, todavía derechos
 con nostalgia de espigas en los ojos.
 Más allá, rosiclères de núbiles mejillas
 en la faz de los pálidos calares
 y encaje de sarmientos—veletes y mantillas—,
 encubriendo las cepas como lunares.
 Y el gris de los baldíos—los liegos—, en espera,
 como un paciente fraile jerónimo exhaustado,
 que las meditaciones de su moltera
 un día fecundice la reja del arado.
 Y el perlado salitre, laguna evaporada
 a quien la luna roba el húmedo tesoro
 para tejerle velos a la noche estrellada
 de donde lluevan juntos la esmeralda y el oro.
 Y el verde verdinegro de las encinas,
 aquí y allá plantadas,
 centinelas en ruínas
 de calendas doradas
 sin espantable horror de culebrinas.
 Y el verde plateado de olivos molilones,
 —parodia de pomposos olivos andaluces—
 que, en vez del fino aceite que gustan los glotonés,
 destilan el santolío de las consagraciones
 y la llama de amor de las votivas luces.
 Y el ocre del yesar, y el de la peña
 pulida por el viento, y el de la villa toda
 en cabezal de adobes dormida, en tanto sueña
 al son de la campana que anuncia muerte o boda.
 Y el blanco de las bardas
 en las enjalbegadas quinterías,
 esquelas que de tejos—más que en lenguas en días—,
 sobre las tierras pardas,
 se escriben a las novias desde las gañanías.
 Y el violeta que el sol pinta en la loma,
 donde agita sus alas en perpetuo monólogo
 el molino de vela, señuelo de patoma
 lucado con un negro caprote de astrólogo.
 ¡Y, en el cielo, el azul! (El cielo es del paisaje),
 El azul mariano donde se funde el hielo
 que a la noche, en las fuentes, cuecga raudas de encaje
 y azogu los remansos del tímido arroyuelo:
 un regajo que yace.